

Luz Elena Galván Lafarga (coord.), *La formación de una conciencia histórica. Enseñanza de la historia en México*, México, México, Academia Mexicana de la Historia, 2006.

Este libro, resultado del Coloquio sobre Enseñanza de la Historia en México, está formado por 19 artículos divididos en dos partes. La primera, titulada "Investigación y reflexiones en torno a la enseñanza de la historia", comprende nueve artículos; la segunda, "Aportaciones en la enseñanza de la historia", diez.

La obra ofrece al lector un material teórico que invita a repensar el papel de la historia, su enseñanza en las escuelas, los maestros de la materia y el Estado, en la construcción de la sociedad mexicana. La falta de vinculación que existe entre la investigación histórica y la enseñanza de la historia se presenta como punto de partida de múltiples problemas. En la introducción, Luz Elena Galván Lafarga invita a repensar la tarea que desempeña la enseñanza de la historia en la construcción de una conciencia histórica, de una identidad e identificación que permita a los individuos sentirse parte de un grupo social.

Un fantasma recorre este libro: la búsqueda de la utilidad de la historia y de su enseñanza. Los autores, se muestran preocupados por lo que sucede en el mundo actual, en donde parece que sólo tienen cabida las ciencias con aplicaciones en la técnica y en la producción de bienes y servicios, denominadas ciencias útiles; en tanto las demás, denominadas ciencias inútiles, son consideradas en forma despectiva como uno más de los saberes humanos. Al parece que quienes se dedican a la historia y a su enseñanza, deben convencer a los otros e incluso a algunos miembros del gremio, de la utilidad que aporta a los mexicanos y a la conformación de su sociedad. Siguiendo el orden de los trabajos, a continuación haré una breve reseña de cada uno de ellos para finalizar con algunas reflexiones.

Reseña

PRIMERA PARTE

En el texto “Reflexiones sobre la historia que se enseña”, Andrea C. Sánchez Quintanar comenta que: “El conocimiento y la conciencia históricas están en crisis en nuestro país y creo que en el mundo en general” (p. 19). Considera a los centros escolares como constructores de un sentido común en las nuevas generaciones, que legitiman los intereses de los oligopolios y del gran capital; las escuelas, entonces, se encargan de generar y transmitir conocimientos que puedan convertirse en beneficios económicos y medios de control de antagonismos sociales que pondrían en riesgo la globalización. Actualmente, se pretende normar representaciones y formas de vida para homogeneizar a los individuos, hacerlos semejantes, al menos en sus aspiraciones, aunque no en sus realidades concretas. No se deben permitir desafíos al orden establecido. En ese sentido, el ideal es ver sin entender, acatar sin reflexionar, adaptarse a un mundo “donde todo tiene un precio y su vida [la de cada uno de nosotros] es sólo una oferta en un mundo global del mercado” (p. 23). Se enseña y se aprende a rendir culto a lo efímero sobre lo permanente y a lo aparente sobre lo verdadero, esto marca la forma en que el ser humano se relaciona con el pasado, vive el presente y espera vivir el porvenir.

La historia es considerada, por la autora, como un conocimiento vital que ayuda, a quien la estudia, a conocer el pasado para entender el presente y encontrar su lugar en él.

Andrea C. Sánchez plantea un reto cuando afirma que está por construirse una teoría de la enseñanza de la historia.

José María Muriá, en el texto “La enseñanza de la historia en Jalisco”, comienza por reconocer la necesidad de un cuerpo básico de conocimientos acerca del pasado y del presente, que debe ser compartido por todos los mexicanos, pero no con una visión centralista y única que elimine la historia y la geografía locales y regionales. Muriá sostiene que “una sólida base historiográfica regional y nacional nos dará ciudadanos más enérgicos, menos dejados y manipulables y evidentemente con mayor conciencia de lo que son y, sobre todo, de lo que pueden ser” (p. 54).

En su artículo, Muriá registra lo que se ha publicado acerca de la historia de Jalisco desde 1872 hasta la década de 1990. El estudio muestra algo sobre la historiografía regional y los problemas que enfrenta la enseñanza de la historia local en esa entidad, donde se le ha restringido de manera alarmante en los diversos niveles educativos, como lo prueba la desaparición de la materia *Historia de Jalisco* en la Benemérita Escuela Normal de Jalisco.

En el artículo de Oresta López Pérez, “Enseñar historia como un saber necesario para comprender la complejidad social y humana”, se identifica al conocimiento histórico como uno de los saberes necesarios para construir un futuro sustentable de la humanidad. La autora hace una fuerte crítica cuando presenta a la escuela como formadora de estereotipos patrióticos y lugares comunes, tiempos y es-

pacios inamovibles donde no se dialoga con la historia. Aborda la reforma educativa de 1992, en la cual parecía que la historia recuperaba su lugar como materia formativa en la personalidad de los alumnos y en la comprensión de su lugar en el mundo, con base en una enseñanza reflexiva. Asimismo, analiza algunas propuestas para lograr una enseñanza diferente de la historia, la edición de nuevos y distintos libros de texto y la formación de los maestros encargados de impartir la materia, para que pongan en práctica todas las herramientas intelectuales de los alumnos que les permitan comprender esta disciplina, no satanizar a la memoria si se trata de una memoria activa y selectiva acompañada de reflexión, de construcción del conocimiento y de comunicación de juicios lógicos y verdaderos.

Oresta López propone la construcción de la historia desde abajo y desde la periferia, así como la introducción de nuevas fuentes y métodos: “La historia como un saber necesario para la educación del futuro, se preocupará por enseñar la condición humana a lo largo del tiempo, con su diversidad de colores, ideologías, creencias, fobias, proyectos y utopías” (p. 74).

Rosalía Menéndez, “Funciones sociales de la enseñanza de la historia”, sostiene que la historia que se enseña a los niños en las primarias y secundarias de México, ha contribuido en la conformación ideológica de las nuevas generaciones mediante una visión particular de la historia nacional. Esto se ha trans-

formado a lo largo del tiempo dependiendo de los propósitos, ideologías y conceptos de la historia en momentos distintos.

La autora afirma que los libros de historia y sus contenidos, así como los objetivos y temas de la materia, su lugar en el currículo escolar, los planes y programas, también tienen su historia y hay que conocerla.

La historia, al convertirse en materia de enseñanza, expresa valores, ideas, concepciones del mundo, prácticas; pero no son expresiones libres, sino que encierran un discurso legitimador del Estado y, haciendo un juego de palabras foucaultiano, podemos decir que todo poder aduce siempre a un saber. (p. 88)

María Adelina Arredondo López, en el artículo “La enseñanza de la historia: ¿un campo de batalla?”, reflexiona acerca de las relaciones de poder que subyacen en los procesos de enseñanza de la historia en la educación básica en México, así como de los acuerdos y políticas educativas decretadas (como el hecho de haber llamado al ciclo escolar 1992-1993, *Año del estudio de la Historia de México*, a partir de lo establecido en el Acuerdo para la Modernización de la Educación Básica que parecía tan prometedor, pero que tan pobres resultados ha dado).

En 2004, se dio a conocer la Reforma Integral para la Enseñanza Secundaria (RIES). La autora analiza las polémicas que esta reforma ha provocado, las cuales se han centrado

Reseña

más en la cantidad de tiempo y en los momentos dedicados a los estudios históricos, que en los métodos y objetivos de la enseñanza. También, analiza los cambios relacionados con el tiempo que se dedica a la materia de historia en secundaria. En una de sus conclusiones señala: “Pareciera ser que ahora no se trata sólo de qué historia enseñar, ni cómo ni cuándo, sino de si es pertinente o no enseñar historia, si la historia es o no importante para el desarrollo integral de los educandos” (p. 106). Si la historia tiene que ver únicamente con cuestiones relacionadas a la construcción de identidades nacionales, entonces, en el mundo global de hoy, pierde todo sentido. Si domina el carácter utilitario-instrumentalista de las ciencias, capacitadoras para el trabajo productor de bienes y servicios, entonces la historia y su enseñanza no tienen cabida.

En el texto “La enseñanza de la historia en contextos educativos indígenas”, Amalia Nivón Bolán aborda el tema de la formación docente en el ámbito de la educación básica, de acuerdo con la política intercultural bilingüe, en grupos humanos distintos a lo que se considera como *lo nacional*; esto muestra que sigue abierto el debate acerca de los derechos indígenas, tanto comunales como individuales.

En el artículo, se analiza el Programa Nacional de Desarrollo Educativo 2000-2006, sobre todo en lo concerniente a la educación intercultural en todos los niveles educativos. Se reflexiona en torno a: la historia enseñada

a partir de la ideología del Estado hegemónico central, la falta de conciencia crítica entre los alumnos, el desprecio y la indiferencia por *el otro* considerado *sin historia*, el hecho de ignorar al *otro* por no participar productivamente en el mundo construido por *nosotros* y el desconocimiento de toda historia que no haya sido registrada con signos que integren un alfabeto aprendido y comunicable.

Según el Censo Nacional de 1990, en el país había 56 grupos etnolingüísticos, por lo tanto, para la enseñanza de la historia en contextos indígenas, el docente

[...] requiere colocarse en un sitio distinto al que la sociedad hegemónica le ha designado; requiere de una mejor posición para ver a las minorías étnicas en la historia de las naciones actuales, y que desde el modelo del Estado hegemónico resultan imperceptibles. (p. 122)

Actualmente se ha interiorizado la renuncia a la identidad indígena sustituyéndola por la ciudadanía mexicana y por el uso generalizado del español, entre otros medios, como un recurso muy útil para ocultar las diferencias que existen entre los diversos pueblos que forman México.

Lucía Martínez Moctezuma, “Aprender la historia de México antes de emigrar”, aborda el tema de los emigrantes mexicanos (en especial los que van a Estados Unidos), sus ligas con la cultura mexicana y lo que significa

y representa ser mexicano. Además, analiza: las representaciones de lo *estadounidense* en diversos libros de texto, sobre todo a partir de lo sucedido en 1847; la utilización de mapas; el concepto de *patria* asociado al de *territorio* y las relaciones establecidas entre historia, geografía y civismo, generadoras de un sustento cultural con el cual se sienten identificados los emigrantes mexicanos en Estados Unidos.

Por su parte, María de los Ángeles Rodríguez Álvarez y Rogelio Ventura Ramírez, en su artículo “El conocimiento histórico para los jóvenes: una reflexión”, se ocupan de los estudiantes del nivel medio superior, a quienes “hoy no les interesa la historia, les parece aburrida y no tienen ningún interés por estudiarla” (p. 147). El texto inicia con esta afirmación y se propone dar soluciones al problema; esta tarea es calificada como interminable y arriesgada.

Los autores parten de la concepción de la historia como un saber que ayuda al ser humano a entender y actuar con mayor conciencia; por lo tanto, sí es una ciencia útil. Los profesores, más que los alumnos, son señalados, en este ensayo, como los principales responsables del desinterés por aprender historia. El maestro debe ser historiador y estar capacitado, didáctica y metodológicamente, para impartir sus cursos, con base en un conocimiento integral del material humano con el cual trabaja; también debe conocer las formas de la investigación histórica, las nuevas propuestas didácticas de la pedagogía y la psico-

logía, además de saber aprovechar los recursos que ofrece la tecnología para mejorar la enseñanza. El proyecto de los autores es bastante ambicioso, pues pretenden que el docente de historia colabore de manera muy importante en la formación de los alumnos, no únicamente en su información.

María de los Ángeles Rodríguez y Rogelio Ventura acuden a Juan Amos Comenio, quien abordó la utilidad como punto central de todo proceso educativo: “Conocimiento que no es útil, conocimiento que se pierde”, pero ¿qué es lo útil en el mundo de hoy? Para responder esta pregunta, los autores presentan a la historia como un motor de búsqueda en el pasado y de soluciones a los problemas actuales. Asimismo, invitan a no confundir la calidad del conocimiento con la cantidad de conocimiento adquirido, que es a lo que hoy apuntan los programas escolares.

En “La enseñanza de la historia en la Universidad Iberoamericana”, Valentina Torres Septién aborda los orígenes de la Universidad Iberoamericana en 1943, definida como la “primera universidad privada de inspiración cristiana en la ciudad de México” (p. 184). Esa institución surgió al final del gobierno cardenista y de la implantación de la llamada educación socialista en México.

La carrera de historia se estableció en esa universidad en 1957. Hubo algunos antecedentes académicos como: el Instituto de Historia de la Universidad Nacional Autónoma de México (1945) o la Casa de España (que derivó en El Colegio de México).

Reseña

Se señala la influencia que tuvo la Universidad Nacional Autónoma de México en la licenciatura de historia de la Universidad Iberoamericana, sobre todo en lo que se refiere a los profesores y a los planes de estudio. La autora aborda el desarrollo de la carrera de historia en esa institución académica, los cambios y permanencias que han ocurrido a lo largo de los años atendiendo a las transformaciones de la realidad mexicana y el papel que hoy desempeña esa Universidad en la formación de profesionales de la historia.

SEGUNDA PARTE

Luz Elena Galván Lafarga, “Teoría y práctica en la enseñanza de Clío”, analiza las corrientes historiográficas más importantes a partir del *positivismo*, el *marxismo* y la escuela de los *Annales*; explica ésta última con mayor amplitud a través de Marc Bloch, Lucien Fébvre y Fernand Braudel, con quienes se inició la historia económica, la historia social y la historia de las mentalidades, entendidas como “maneras de sentir, pensar e imaginar la realidad”. Se trata de una nueva historia relacionada con la antropología y la psicología que hace hincapié en el papel e importancia de las fuentes, en donde la creatividad del historiador es la herramienta fundamental para construir una *historia viva y humana*, teniendo en cuenta la renovación teórica y metodológica que todo esto supone. La autora enfatiza el surgimiento de nuevos temas y enfoques en la historia, el contacto que ha

tenido con las otras ciencias, así como el papel de nuevos actores (las minorías o los sectores sociales) históricamente marginados y subordinados.

La autora sostiene que para acercarse a la historia, son necesarios dos conceptos inseparables: tiempo y espacio, a la manera de Immanuel Kant. “Aprender a ubicarse en el tiempo y en el espacio es el primer paso para empezar a pensar históricamente” (p. 230). La historia al lado de un mapa, es decir, la historia y la geografía formando una unidad de conocimiento.

Jesús Márquez Carrillo, en el artículo “La historia de Puebla en un álbum para niños y niñas. Aspectos teóricos y metodológicos”, identifica al historiador como alguien capaz de descubrir y enunciar sentidos, a la manera de Roland Barthes, y no sólo como narrador de hechos. Siguiendo a Michel Foucault, señala que:

[...] el trabajo del historiador no es *rehacer* la historia, sino *hacer* la historia, en la medida en que produce nuevos discursos acerca del pasado, en la medida en que inventa y relaciona procesos desde un espacio físico y social que permite, prohíbe, encauza o hace visibles ciertas problemáticas y su tratamiento específico, pues en definitiva no puede hablarse en cualquier época y en cualquier lugar de cualquier cosa. (p. 244)

El pasado es significativo por lo que representa para los humanos con base en una memoria selectiva, una memoria histórica a la manera de Jörn Rüsen, es decir, como herramienta de orientación en el presente; la historia como forma de conocer y entender, no sólo de describir y narrar.

El autor recupera al historiador como un sujeto activo hacedor de historias, no de la Historia, consciente de las condiciones sociales e históricas que lo rodean y constituyen. Señala que es urgente acabar con el divorcio entre el historiador que investiga y el docente que enseña y difunde resultados de los trabajos de *otros*. También aborda la política cultural que el Estado mexicano ha utilizado para difundir la historia, los textos históricos *oficiales*, así como los *historiadores oficiales* apoyados y divulgados por él; después analiza el caso de Puebla, donde la enseñanza de la historia, como sucede en el resto del país, es un saber regulado.

En el texto “El aprendizaje y la enseñanza de la historia de México en la escuela primaria. De los planes a la práctica”, de Cirila Cervera Delgado, se realiza un análisis de los programas de estudio de historia partiendo de la idea de que su aprendizaje no es resultado de un proceso lineal producto de un factor único.

La autora enfatiza el principio de un aprendizaje significativo que se origina en la vida cotidiana de los actores involucrados en ese proceso, mediante el cual son capaces de incorporar nuevo conocimiento al que ya

poseen. Señala la necesidad de conjugar reflexión-memorización-comprensión en un sistema dialéctico. Insiste en que hay que analizar y criticar la tarea que se realiza en el aprendizaje de la historia de México en la educación primaria, el lugar e importancia que se le asigna, sus propósitos, así como las reformas que se han hecho, incluidas las últimas que la reducen en favor de otras disciplinas. Cervera Delgado aporta la experiencia de Guanajuato en estos temas.

Martha Patricia Zamora, “La enseñanza de la historia en la escuela secundaria”, hace una historia de la escuela secundaria en México, surgida en 1926 con el propósito de preparar al individuo para ser ciudadano y miembro de la sociedad. Analiza el desarrollo y ubicación de la historia (mexicana y universal) como disciplina escolar en la secundaria, desde 1928 hasta 1993.

A partir de los congresos de instrucción pública realizados en México a finales del siglo XIX y principios del XX, en los cuales se recomendó reducir el uso de la memoria, se descartó a ésta como base del conocimiento histórico y se comenzó a vislumbrar la aparición de una historia reflexiva.

En 1993, la secundaria se volvió obligatoria. La autora reflexiona acerca de su experiencia personal en la enseñanza de la historia en ese nivel educativo. Partiendo del supuesto de que el docente conoce la historia, resume las condiciones mínimas que deben reunir los profesores de esa asignatura: conocer las características de los alumnos así como las condiciones

Reseña

de la sociedad mexicana actual, saber utilizar los recursos tecnológicos como apoyos didácticos y practicar una historia viva, además de la que encierran los libros de historia.

María Guadalupe Mendoza Ramírez, en “El uso del libro de texto de historia de México en la escuela secundaria. Problemas y retos en la formación docente”, reflexiona acerca de los problemas que entraña el uso de los libros de texto oficiales de historia, utilizados en la educación secundaria, los cuales han cambiado de formato, tamaño y contenidos hasta llegar a un punto en el que se utilizan de manera reduccionista; de ser auxiliares del maestro han terminado por sustituirlo.

El libro de texto, afirma la autora, participa en los procesos de socialización, aculturación y adoctrinamiento de los estudiantes de secundaria, homogeneiza las características de sus lectores y delimita los contenidos a enseñar; pero también deja fuera lo que no se debe enseñar. ¿Bajo qué criterios se hace todo eso? En este punto se debe mencionar la discrecionalidad de las políticas educativas y de quienes se encargan de aplicarlas a partir de la elaboración de los textos escolares, en este caso, los de historia.

María Guadalupe Mendoza analiza el desarrollo de la materia de historia en secundaria —donde solía ser una disciplina central en los programas de estudio de las décadas de 1930 y 1940—, la cual ha terminado por constituirse en una asignatura marginal. “Hoy se enfatiza más el qué enseñar de la historia que el qué historia enseñar”, afirma la autora.

En el texto “Historiografía y aprendizaje de la historia en la educación media superior”, Belinda Arteaga analiza las corrientes teóricas más utilizadas en la historia: el marxismo, el estructuralismo y el positivismo, así como el debate actual en torno a la búsqueda de nuevos caminos y problemas para la historia.

La autora sospecha del presente/pasado (lo llama *historia problema*), pues coloca en el centro de su quehacer la problematización y el cuestionamiento en lugar de la *verdad* preestablecida. Insiste en que no se enseñe más una historia lineal, estatista, patriarcal, ya que deja fuera a los que no son considerados actores de la historia sino meros comparsas y acompañamientos. Así, la *historia problema* se convierte también en *historia global* que abarca a todos y que encara al historiador con “objetos complejos y multidimensionales en cuya aprehensión concurren no sólo distintas ciencias sino diferentes lenguajes, ritmos, métodos y logos” (p. 339). A la manera de Roger Chartier, la autora propone una historia caracterizada por hibridaciones y mestizajes entre diversas tradiciones, metodologías y disciplinas; recalca la necesidad de superar la historia basada en el método catequístico, la ejemplarizante o la modélica, la de los acontecimientos y los datos; en conclusión, la historia moralizante.

Blanca García Gutiérrez y Federico Lazarín Miranda, “La enseñanza de la historia en el Colegio de Bachilleres. Una perspectiva de estudio”, enfatizan que: “el discurso histórico no sólo tiene una función de cono-

cimiento, sino que posee una función social, ya que interviene en él la utilidad o sentido que se haga del mismo” (p. 361). Así, la utilidad del conocimiento histórico va más allá de lo estrictamente cognoscitivo.

Abordan el origen del Colegio de Bachilleres, creado en 1974 con la finalidad de ofrecer otra alternativa de estudio en el nivel medio superior: una capacitación para el trabajo, además de la formación académica de los jóvenes bachilleres. En este artículo se analiza: lo referente al estudio de la historia; los cambios en los programas, contenidos y ubicación de los cursos; las metodologías y medios pedagógicos utilizados; los fracasos y logros en la enseñanza de la historia, especialmente lo relacionado con la participación de los alumnos en la construcción del conocimiento y la utilización de nuevas técnicas de enseñanza; la dificultad para renovar contenidos y métodos, es decir, el apego a lo establecido y, por último, las tareas pendientes, sobre todo de los docentes (relacionar la historia nacional con la universal, detectar similitudes y diferencias, quiebres y continuidades, sucesos y personajes significativos para la historia).

Por su parte, Josefina Mac Gregor, “Un caso de educación superior: enseñar historia a futuros historiadores”, analiza algunos de los problemas que encierra la comprensión de la historia en los distintos niveles educativos, tales como: la graduación de los contenidos; la conjunción de la psicología, la epistemología, la didáctica y la historia que se debe ense-

ñar; compaginar el conocimiento del proceso y la capacidad de reflexión en torno al quehacer histórico; además de la teoría de la historia y sus métodos de investigación.

También aborda lo sucedido en la Universidad Nacional Autónoma de México a partir de 1927, cuando se abrió la carrera de historia en la Facultad de Filosofía y Letras, la primera institución formadora de historiadores en México. Menciona los estudios que se han realizado acerca de la enseñanza de la historia y la formación de historiadores, así como las concepciones y actitudes de quienes enseñan y aprenden la historia.

En el artículo “La historia y la enseñanza abierta, una alternativa a la enseñanza tradicional”, Virginia Ávila García afirma que en 1972 se creó en la Universidad Nacional Autónoma de México la modalidad de enseñanza abierta para formar profesionales y que, en 1977, se crearon varias licenciaturas de este tipo, entre ellas la de historia. A partir de esto, la autora aborda las discusiones que hubo al interior de esa institución acerca de: el surgimiento de nuevas escuelas y formas de enseñanza como respuesta a los cambios que estaban ocurriendo en el país; las modalidades académicas que se adoptaron y adaptaron en ese proceso; las políticas y los objetivos, etcétera. El análisis llega hasta la actualidad donde se impone claramente la función de las universidades en razón de las demandas del gran capital.

Por último, Elvia Montes de Oca Navas, “La novela y el relato históricos como apoyo

Reseña

para la enseñanza de la historia de México a los alumnos del nivel medio superior y superior”, presenta la posibilidad de apoyar el aprendizaje de la historia, en los alumnos de enseñanza media superior y superior, mediante la lectura de novelas y relatos históricos; los cuales harían más atractivo e interesante su estudio, tomando en cuenta el rechazo que su aprendizaje provoca en los alumnos de estos niveles, en especial, entre quienes consideran que en las carreras técnicas-prácticas, la historia de México no tiene lugar, ya que es un *saber inútil*.

La autora analiza las relaciones entre arte y realidad, el nacimiento de la novela histórica “en el complicado juego de relaciones entre objetividad-subjetividad, realidad-ficción, verdad-fantasia, historia-relato imaginario” (p. 435). Asimismo, aborda las tareas del escritor de historia y las del escritor de novela histórica; estudia sus diferencias y semejanzas, sus puntos de contacto y de confrontación, la posibilidad de no marcar límites y confundir campos. Muestra que es posible apoyar la enseñanza de la historia de México, desde la época prehispánica hasta nuestros días, con novelas y relatos históricos, tal como lo ejemplifica en su ensayo, donde hace una narración de la historia nacional con el auxilio de la literatura. Señala algunos de los problemas que encierra esta propuesta metodológica, como son: los bajos índices nacionales de lectura que, probados o no, se adjudican no sólo a los estudiantes, sino también a los maestros de

historia; así como el problema de que no existen bibliotecas suficientes ni eficaces para esta práctica educativa.

Este libro cuenta con una amplia bibliografía general que comprende libros, archivos y hemerotecas, revistas, tesis, ponencias, testimonios, trabajos inéditos y sitios de internet.

La obra constituye un valioso material no sólo para los historiadores, docentes e investigadores, sino para todos aquellos que están relacionados con la educación y que se preocupan por lo que sucede en el sistema educativo mexicano, que se acerca a lo que Marcuse escribió cuando se refería al *hombre unidimensional*.

Se trata de educar para la libertad sin temor a los riesgos que implica ejercerla y asumir la responsabilidad que representa; atender a la integridad de la personalidad humana en cuanto significa ser pasión, razón, emoción, voluntad, imaginación, vida; utilizar una lógica contradictoria y escéptica que dialogue con los otros, una lógica del tercero no excluido que nos remita a la tolerancia, al reconocimiento y a la aceptación de las diferencias y contradicciones.

Todos habitamos y construimos este mundo, pero es difícil hacerlo sin pasado y sin memoria imaginativa, lo imaginario debemos reconocerlo como antecedente de la idea y ésta, a su vez, como antecedente de la acción.

Si las *ciencias duras* y la nueva teoría del caos se cuestionan la universalidad de la necesidad, si hay cabida para una lógica distinta

ELVIA MONTES DE OCA

de la aristotélica con sus principios básicos de no contradicción y tercero excluido, entonces, es tiempo de reflexionar acerca de lo que puede suceder en el campo de la historia y de lo que los historiadores podemos hacer auxiliados por una imaginación creativa y, a la vez, rigurosa.

Se dice que vivimos en un mundo global en vías de integración, pero compuesto, contradictoriamente, por múltiples formas de organización social que están en permanente cambio y construcción, constituidas alrededor de ejes locales distintos que cambian y que se relacionan unos con otros. En este panorama ¿qué vamos a hacer quienes nos dedicamos a la enseñanza de la historia?

El ideal del positivismo pragmático radical acerca de la utilidad de las ciencias —“conocer para prever, prever para actuar y actuar para transformar”, entendiendo transformar como la producción de bienes materiales—, es mucho más difícil de lograr en la actualidad, ya que la casualidad se abre paso entre la causalidad sobre todo en el caso de la historia que se dedica al estudio y comprensión de hechos únicos e irrepetibles y, por lo tanto, el azar y lo imprevisible están siempre presentes. Como afirma Antonio González Barroso en su obra *La historia y la teoría del caos. Un diálogo con la física* (2005), se construye una historia tejida a partir de muchas historias simultáneas que tienen la posibilidad de ser distintas. Así, en tiempos inseguros pero fascinantes, a quienes nos dedicamos a la enseñanza e investigación de la historia, este libro

nos puede ayudar a lograr una relativa seguridad y a emprender con mayor confianza nuestra labor.

ELVIA MONTES DE OCA*

Sociedad Mexicana de Historia de la Educación

D.R. © Elvia Montes de Oca, México,
D.F., julio-diciembre, 2006.

• • • • •

*elvia.montesdeoca@gmail.com